

PROYECTO SOCIALISTA

(Documento de Discusión)

Comisión de Estudios Teóricos del Partido Socialista de
Chile

Santiago, Febrero de 1992

Comisión de Estudios Teóricos del Partido Socialista de
Chile

Manuel Antonio Garretón, Coordinador.
Raul Ampuero A.
Manuel Barrera
Ramón Cifuentes
Raúl Díaz
Pio García
Emilio Gautier
Cecilia González
Ricardo Goyenechea
Luis E. Jobet
Sergio Monsalve
Iván Nazif
Juan Ruz
Augusto Samaniego
Adonis Sepúlveda
Roberto Szederkenyi

Además de los documentos presentados por los miembros de la Comisión sobre temas determinados, y de diversos documentos hechos llegar a la Comisión, se solicitó documentos de trabajo especiales a: Natacha Molina, Enzo Faletto, Manuel Canales, Juan Enrique Vega. En el inicio de los trabajos de la Comisión participaron también Luis Maira, Raúl Erazo, Patricio Quiroga, Antonio Cortés, Enrique Ramírez, Enzo Faletto, Julio Sau, Santiago Escobar.

CONTENIDO

PREAMBULO

I EL SOCIALISMO: UN PROCESO PERMANENTE DE TRANSFORMACION DE LA SOCIEDAD.

1. Significado del socialismo
2. Sentido del proyecto socialista
3. El patrimonio doctrinario

II. SOCIALISMO Y CAPITALISMO EN LA SOCIEDAD CONTEMPORANEA

1. El núcleo histórico
2. Un largo aprendizaje
3. Contra todas las dominaciones

III. LA OPCION SOCIALISTA AL TERMINO DE SIGLO

1. Viejos y nuevos problemas
2. Socialismo y modernidad
3. Reafirmación de principios
4. Socialismo y Democracia
5. Fortalecimiento de la sociedad civil

IV. EL NUEVO CONTEXTO HISTORICO

1. El contexto mundial
2. El desafío latinoamericano

V. EL SOCIALISMO CHILENO. TRAYECTORIA Y PROYECTO

1. La trayectoria socialista
2. Las grandes tareas socialistas.
3. La construcción de mayorías sociales y políticas.

PREAMBULO

Los cambios fundamentales que se han experimentado a nivel mundial, continental y nacional, hacen que muchos se pregunten por el significado de la Izquierda y el socialismo en el mundo de hoy y de mañana.

El Proyecto Socialista que presentamos busca responder a esa pregunta no desde el ángulo de las ideologías cerradas ni de las puras propuestas programáticas, sino interrogándose por el sentido histórico de la visión socialista e intentando analizar las condiciones de la sociedad contemporánea que la hacen vigente. Se trata de acortar la brecha entre un discurso ideológico muchas veces rígido y alejado de la dinámica de la realidad, que paga tributo a concepciones y modelos hoy día en crisis, y la práctica y la experiencia diaria de quienes luchan por transformar la sociedad, reflexionando sobre su sentido y proyección. Para ello es necesario redefinir el contenido del socialismo a la luz de las experiencias vividas y de los cambios civilizatorios que están ocurriendo.

No se trata ni de una declaración de principios ni de un programa propiamente tales, sino de una propuesta abierta, un conjunto de ideas fuerzas que constituyen el marco en que deben posteriormente plasmarse las medidas programáticas.

En la primera parte del documento se define el significado del socialismo, su patrimonio doctrinario y su carácter de proyecto abierto a toda la sociedad.

En la segunda se discute el núcleo histórico de la relación entre socialismo y capitalismo, el aprendizaje socialista respecto de este punto y las nuevas dimensiones que adquiere el proyecto socialista.

En la tercera parte se aborda la situación del socialismo a fines de este siglo, analizando los viejos y nuevos temas presentes y el desafío de la modernidad, reafirmando y actualizando los principios y valores del socialismo y definiendo su carácter democrático en lo político y transformador en lo social y cultural.

En la cuarta parte se analiza el contexto mundial y latinoamericano y los desafíos planteados para el socialismo.

En la quinta parte se esboza la trayectoria del socialismo chileno, se señalan las grandes tareas socialistas para Chile y se plantea la estrategia de construcción de mayorías sociales y políticas.

Entregamos este Proyecto Socialista a la discusión de los socialistas y del pueblo de Chile, en un momento histórico en que se reconstituyen las esperanzas y anhelos de una nación y estamos iniciando la última década de este siglo.

I. EL SOCIALISMO: UN PROCESO PERMANENTE DE TRANSFORMACION DE LA SOCIEDAD.

1. Significado del socialismo.

El socialismo es la acción consciente y colectiva de las fuerzas sociales que buscan la plena emancipación del ser humano y el desarrollo de las condiciones sociales que permitan la realización de los sujetos individuales y colectivos.

Es, por lo tanto:

- una lucha constante por la superación de las contradicciones sociales que generan explotación, opresión y alienación y por la vigencia de los principios de igualdad, libertad, solidaridad y autorrealización personal
- un proceso permanente de implementación de mecanismos y estructuras que aseguren la socialización progresiva del poder y la gestión o control democrático de las instancias e instrumentos que definen el destino de la sociedad
- un movimiento que busca generar condiciones materiales, sociales y culturales en las que la gente y los actores sociales puedan libre y solidariamente decidir sobre su vida y el futuro de la sociedad

2. Sentido del proyecto socialista

El socialismo no se define como una sociedad a la que se llega en un momento dado, ni se identifica con instrumentos, mecanismo o modelos de sociedad pre-determinados. El socialismo se define como un proceso hecho de luchas y consensos por superar las contradicciones que provienen de las desigualdades, las

faltas de libertad y las alienaciones. Todo aquello que amenaza la plena realización de los sujetos individuales y colectivos pasa a ser objeto de lucha y política. El socialismo no es la utopía de una sociedad que superó y eliminó todas sus contradicciones para siempre. Sino la utopía de darle a quienes las sufren las condiciones e instrumentos para enfrentarlas y de socializar al máximo las diversas herramientas de poder que existen en la sociedad.

El proyecto socialista asume así al conjunto de la sociedad. Se postula como una propuesta para los diversos sectores de ella y busca armonizar los intereses de todos ellos en cuanto no atenten contra los valores y principios mencionados. Pero lo hace desde la perspectiva de los sectores oprimidos, dominados, excluidos, explotados. Es decir, lucha contra los privilegios y obstáculos económicos, sociales, culturales y políticos y promueve las transformaciones estructurales e institucionales que permiten no solo la integración de estos sectores, sino su capacidad de decisión individual y colectiva.

El socialismo afirma el principio de unidad y proyección histórica de la nación y la sociedad, pero reconoce que hay intereses contradictorios y realidades diferenciales de poder. Por ello, sin renunciar a la propuesta para el conjunto de la sociedad, opta por aquellos sectores que sufren las opresiones y por todos los que buscan superarlas, con el fin de restablecer las condiciones de igualdad y libertad para todos. En la sociedad contemporánea, persisten antiguos privilegios y se crean otros nuevos. Existen, por lo tanto, intereses de mantención de tales privilegios y de las estructuras que los hacen posibles. El socialismo lucha contra las las condiciones que los generan y que perpetúan injusticias, ampliando los espacios e instituciones en que se expresan los intereses y aspiraciones alternativos, dentro del marco democrático.

3. El patrimonio doctrinario

El enriquecimiento del universo y la propuesta socialista desmiente toda visión de crisis o agotamiento que pueda haberse producido como producto de pérdida de validez de algún modelo ideológico, o por el derrumbe de algún modelo histórico que se denominara socialista. El socialismo sigue siendo la propuesta más válida de superación de los problemas de la sociedad contemporánea y el horizonte de mayor esperanza no sólo para quienes sufren alguna forma de dominación, sino para todos los que aspiran a formas de vida más humanas.

No habría sido posible tal enriquecimiento sin la incorporación en el patrimonio doctrinario del socialismo de todas las experiencias prácticas e intelectuales que apuntan al mejoramiento de las condiciones de vida de la gente y al progreso humano de las sociedades y sin la convergencia no dogmática de diversas vertientes de pensamiento.

Porque el socialismo es, junto a una experiencia de práctica política y acción colectiva, una tradición intelectual que reflexiona sobre ella y que busca identificar para cada sociedad cuales son las contradicciones más fundamentales y urgentes, las estrategias para su superación y los actores que pueden encarnarlas. En esta tradición ha ocupado un papel relevante la crítica a la lógica capitalista y a sus efectos sociales proveniente del marxismo, así como el horizonte de esperanzas que este abrió para vastos movimientos sociales y sociedades enteras. Los debates y reflexiones socialistas han ido elaborando una comprensión propia de las sociedades y del ser humano contemporáneo, que supera las incapacidades del marxismo para ello. El socialismo, como fuera señalado por todos los clásicos, es también heredero del liberalismo político. Asimismo, forma parte del patrimonio socialista el conjunto de valores y principios éticos de la tradición judeo-cristiana, en sus

distintas vertientes, hoy reconocidos secularizadamente por toda la humanidad. También se nutre del aporte de otras concepciones humanistas y libertarias, de los movimientos revolucionarios de este siglo, del racionalismo de base científica y de las ciencias sociales contemporáneas.

El patrimonio y la propuesta socialistas no se identifican con ninguna de estas corrientes, pero reconocen el aporte de cada una y el espacio para todas ellas en la conformación de un movimiento plural. Este no se define por su verdad teórica, sino por principios éticos, por el aprendizaje de experiencias individuales y colectivas y por una propuesta histórica para cada momento. Ello teniendo como horizonte el hacer avanzar al conjunto de la sociedad en los principios de igualdad, libertad, solidaridad y autorrealización de la gente.

II. SOCIALISMO Y CAPITALISMO EN LA SOCIEDAD CONTEMPORANEA

1. El núcleo histórico

Desde su nacimiento en el inicio de la revolución industrial, el socialismo identificó las contradicciones sociales con el desarrollo del capitalismo. De modo que su proyecto se definió como una eliminación y superación de la sociedad capitalista. La lucha entre capitalismo y socialismo, los avances y retrocesos de uno y otro, identifican la mayor parte de los dos últimos siglos, tanto en su expresión nacional, como continental y mundial.

El advenimiento simultáneo de un sistema económico con un nuevo modelo civilizatorio, permitieron definir al capitalismo durante largo tiempo como un tipo de sociedad en creciente expansión. El capitalismo fue visto como poseedor de un modelo cultural, social y político, y como un sistema económico en que se identificaban una particular forma productiva de base industrial, un modo de acumulación y distribución de riqueza y un modelo de desarrollo de las naciones. La esencia del capitalismo fue definida por las relaciones de explotación, determinadas a través de la propiedad privada de los medios de producción. De ellas se veía emanar todo el conjunto de relaciones sociales y las diversas esferas de la sociedad. La expansión capitalista a nivel mundial implicó el desarrollo de un sistema imperialista que reprodujo la situación de injusticia a escala planetaria y entre países.

El socialismo se postuló como respuesta global a este tipo de sociedad y civilización y como poseedor de un modelo alternativo en todos estos planos.

La teoría socialista planteaba que la eliminación de la

explotación capitalista, basada en las relaciones de clases regidas por el mercado, el salario y la propiedad privada, debía llevar al término de todas las otras alienaciones, opresiones y dominaciones. Ello sólo sería posible a través de la organización de todos los sectores explotados, los trabajadores. La acción de ellos se encaminaba a eliminar el aparato represivo de las clases que controlaban los medios de producción y a establecer la apropiación colectiva de éstos.

La revolución, como método político de toma del poder para desatar las fuerzas anticapitalistas y desarrollar el socialismo, fue directa consecuencia de este planteamiento y apareció identificada con el ideal socialista. Este fue también el modelo teórico e ideológico que estuvo en el origen de los denominados socialismos reales, los que más propiamente constituyen el modelo del comunismo soviético.

La expansión capitalista dio origen, al surgir un bloque de naciones que se definían como socialistas, a una división del mundo entre dos bloques. Esta última división caracterizó la situación mundial especialmente desde la segunda guerra mundial hasta finales de la década del ochenta. Ello amplió el sentido de las luchas socialistas abarcando la independencia y liberación nacionales.

Desde diversas vertientes teóricas, la principal de las cuales fue el marxismo y su análisis crítico de las contradicciones del capitalismo, el socialismo aparece como la única alternativa a los males del capitalismo, como un modelo de sociedad que lo supera. Ello fue reforzado con la esperanza abierta a la humanidad por el surgimiento y consolidación en el panorama mundial de este bloque de naciones identificadas con el comunismo internacional en cualquiera de sus variantes.

2. Un largo aprendizaje

Los movimientos socialistas han vivido un largo proceso de maduración. El ha sido producto de las transformaciones del sistema capitalista, de las experiencias revolucionarias en los países sub-desarrollados, de las luchas entabladas en diversos contextos, de la evolución del pensamiento y la ciencia, y de la trayectoria de los modelos comunistas históricos.

El capitalismo no es un tipo global de sociedad ni siquiera un modelo económico único y completo en el que se identificarían en un solo sistema las formas de organización productiva, de acumulación y de desarrollo. El capitalismo es básicamente un modelo de acumulación regido por el principio del lucro y definido por una interrelación entre propiedad privada, mercado y régimen de salario que origina y reproduce una determinada división de clases en la sociedad. La economía capitalista puede coexistir con diversos tipos de sociedad. Pero también con diversos sistemas de producción, como lo han mostrado las transformaciones desde formas artesanales, el industrialismo taylorista hasta la robotización, pasando por múltiples variantes. Asimismo puede coexistir con diversos modelos de desarrollo, que implican formas diferentes de organización social, organización política y estatal, modelos culturales y tipos de inserción en la economía mundial. Así lo han mostrado las variadas experiencias de desarrollo y modernización desde los países de capitalismo clásico hasta los más tardíos o los de nueva industrialización en las últimas décadas.

En la sociedad contemporánea, la economía capitalista se ha extendido universalmente, adaptado a las nuevas revoluciones científicas y tecnológicas, y creado un nuevo espacio mundial. En este fenómeno se basan los procesos de transnacionalización. Si bien se han dado modelos alternativos de acumulación exitosos en determinados momentos y contextos, no ha logrado aún establecerse

en forma coherente, persistente y válida para todos los contextos, una alternativa viable al modelo de acumulación capitalista.

El capitalismo ha tenido éxito en consolidarse y expandirse como modo de acumulación. Incluso, ha logrado resolver, a costa de la desigualdad socio-económica a nivel mundial entre países ricos y pobres, ciertos problemas de desigualdad en algunos países desarrollados. Nada de ello invalida la crítica a sus fundamentos morales y, sobre todo, a los efectos de creciente desigualdad e injusticia social y destrucción de las relaciones humanas y del medio natural a nivel mundial y al interior de la gran mayoría de los países. Desde este punto de vista, no habrá solución a los problemas de la humanidad en el marco capitalista, aún cuando no se le haya aún opuesto otro sistema económico coherente y viable de reemplazo.

En este sentido, el socialismo no abandonará nunca su voluntad de superación del sistema capitalista y en su horizonte estará siempre la aspiración de un sistema económico que asegure la igualdad de oportunidades y la satisfacción de todas las necesidades de todos los sectores sociales. Que restituya a la sociedad el control democrático, y al mundo de los trabajadores la participación en la gestión, decisión y frutos de su trabajo. En definitiva, un sistema económico que deje de ser una fuente de división en clases sociales antagónicas.

En el mundo de hoy, los socialistas buscan, permanentemente, preservar las condiciones que aseguren los equilibrios y el crecimiento económico y, al mismo tiempo, revertir los efectos perversos de la acumulación capitalista. Ello implica, junto con la mantención de formas capitalistas en toda la medida necesaria al desarrollo productivo, la eliminación de monopolios y distorsiones, la búsqueda de formas combinadas de propiedad y gestión que hagan prevalecer democráticamente el interés social,

y el planteamiento de sistemas de producción y modelos de desarrollo adecuados a cada sociedad. Se trata, así, de promover las condiciones técnicas, culturales, sociales y políticas, para que el conjunto de la sociedad pueda democráticamente plantearse una alternativa legitimada a la acumulación capitalista.

Respecto al sistema de producción, el socialismo busca la integración de toda la población a formas de trabajo estable, dignas, creativas, socialmente productivas y útiles que superen la informalidad, marginalidad y precariedad de los actuales mercados de trabajo, y que permitan la creciente participación de los trabajadores en la gestión y en la apropiación de los frutos del mismo.

Respecto del modelo de desarrollo, el socialismo busca la mayor redistribución compatible con el crecimiento económico, la mayor autonomía nacional en el marco del proceso creciente de internacionalización, la inserción nacional solidaria e integrada con los otros países de América Latina en la economía mundial. Todo ello a través de formas productivas y de gestión que incorporen la creatividad del mundo de los trabajadores y preserven y enriquezcan el patrimonio cultural y el medio ambiente natural.

En la aplicación de estos principios se encuentra la base de la crítica del socialismo a los actuales modos de producción y desarrollo enmarcados en la acumulación capitalista, y su propuesta de reformas estructurales. A diferencia de otras épocas, el diseño de tales reformas no tiene por centro exclusivo y necesario la propiedad en tanto tal ni se deduce de un modelo ideológico de sociedad o de mecanismos pre-establecidos válidos para todas las sociedades. Por el contrario, las reformas estructurales que el socialismo propugna surgen de la búsqueda de consensos en la sociedad para superar sus contradicciones y se enmarcan necesariamente en el régimen democrático.

3. Contra todas las dominaciones

Si bien una parte significativa de las desigualdades a nivel mundial y nacional tienen su origen histórico en la naturaleza de la acumulación capitalista, una sociedad no se agota en su modelo económico. No todas las contradicciones de la sociedad contemporánea se explican por la explotación capitalista. Tampoco el término de ésta aseguraría el término de opresiones y alienaciones, como ha sido comprobado, entre otros, por los modelos comunistas implantados en este siglo. Incluso, puede preverse un largo tiempo de vida de la economía capitalista y a los socialistas luchando por llevar a su plena potencialidad las virtualidades que ella tenga. Ello no significa que no haya propuesta socialista para la sociedad ni que la única tarea socialista sea la búsqueda y espera del remplazo de tal economía.

La dominación en las sociedades no puede explicarse solamente por la división en clases originadas en las relaciones de producción. Ni el socialismo pretende ser un "modelo de sociedad" que la supere de una vez para siempre.

El socialismo mantiene su aspiración ética a terminar con la explotación y extiende este imperativo a las opresiones y alienaciones de todo tipo, sean éstas de clase, de género, de edad.

III. LA OPCION SOCIALISTA AL TERMINO DE SIGLO

1. Viejos y nuevos problemas

El socialismo de fin de siglo enfrenta viejos y nuevos temas. Ambos se dan en un contexto de enormes transformaciones en la civilización.

Entre los primeros, está la explotación económica, las desigualdades y las injusticias sociales.

Entre los segundos, las opresiones de género, la lucha por darle un sentido a la vida y mejorar las relaciones entre los seres humanos y de éstos con su medio natural y social, el daño ecológico, los problemas de las minorías y otros.

No han sido soluciones para estos problemas ni los modelos comunistas que se derrumban fracasados al finalizar la década del ochenta ni la implantación desenfadada de los modelos económicos de mercado. Tampoco lo han sido la apelación a grandes ideologías o mesianismos globales con su creciente desvalorización ni la progresiva aplicación de la ciencia y la técnica a los diferentes ámbitos de la vida en el mundo actual.

Así, al acercarnos al próximo milenio junto con una expansión de las expectativas y esperanzas de una vida mejor, aumenta también el desencanto y la frustración, se plantea una profunda crisis de valores y de sentido de la vida, y se advierten amenazas al sistema ecológico. El mundo en que vivimos ha creado grandes posibilidades para la realización de la condición humana. Al mismo tiempo ha construido los obstáculos que dificultan tal realización y que amenazan con un callejón sin salida.

En las últimas décadas, los sectores tradicionalmente conservadores han planteado, más allá de la defensa de privilegios, una propuesta de futuro. Ella, bajo el pretexto de modernizar la sociedad, la hace más inhumana e invivible.

En efecto, en diversas latitudes cobra vigor un neoliberalismo triunfalista que identifica la realización humana con el modelo de sociedad impuesto por el mercado y que desconoce el valor de la acción colectiva y el papel de sujetos que los seres humanos tienen frente a su historia. En respuesta a la negación de identidades que ello conlleva, surgen formas de refugio individual o colectivo, tales como las acciones violentas y destructivas, las alienaciones consumistas, los populismos, nacionalismos o comunitarismos de tipo mesiánico, fundamentalista o simplemente defensivo.

No desaparecen en la sociedad contemporánea los conflictos de intereses ni las luchas contra explotaciones y privilegios. Pero, contrariamente a lo planteado por ciertas ideologías, estos problemas no tienen sólo un carácter técnico. Sus soluciones se dan sobre todo a través de la confrontación de diversas visiones y proyectos para la sociedad.

Por eso, el terreno principal del enfrentamiento es político y simbólico, sobre todo cultural, es decir, por dar un significado más o menos humano a la vida y al conjunto de la sociedad. Ello cambia el sentido tradicional otorgado a la política. De ella desaparecen viejas cuestiones y entran otras que dicen relación con la vida de la gente, con sus estructuras éticas y normativas, con sus aspiraciones de creatividad y sociabilidad.

2. Socialismo y modernidad

Contra la ideología neo-liberal, el socialismo afirma que la modernidad no se identifica con una sola racionalidad ni menos

con un determinado instrumento o mecanismo. La modernidad consiste en la plena afirmación de la capacidad de los sujetos de hacer su historia.

Pero no hay una sola manera de hacerla o una sola forma de ser sujeto. La visión occidental de la que el socialismo es heredero privilegió la dimensión instrumental y la relación cosificada entre los seres humanos y entre éstos y su medio natural. Parte de ello se expresó en la fe ingenua en la razón, el progreso ilimitado, la ciencia y la técnica.

No podemos dejar de asumir la herencia occidental de la razón, y los grandes avances de la ciencia y la tecnología. Sin el incremento de la racionalidad que proviene de esta vertiente en todos los niveles de la población, la sociedad sería destruída por las propia fuerzas que ella ha creado. Hay ámbitos de la vida social en que no puede prescindirse de relaciones objetivas.

Pero ello no basta. La humanidad ha sufrido guerras, pobreza y depredaciones. Las sociedades están atravesadas por formas inhumanas de convivencia. El futuro es vivido por las grandes mayorías con una gran incertidumbre. No puede ya entonces creerse en una visión evolutiva del avance irresistible del progreso, identificado éste con la sola dimensión instrumental o tecnocrática de la vida.

En un universo que, producto de la información y el conocimiento científico y tecnológico, la acumulación a través del mercado, el sistema homogeneizado y penetrante de las comunicaciones y transportes, pareciera ser cada vez más uno y uniforme, las diversas sociedades y colectivos buscan afirmar tradiciones, principios e identidades. Asimismo, establecer relaciones de apoyo y comprensión, afirmar a los individuos y a las categorías sociales, re-establecer los lazos de hermandad entre ellos y con el medio natural. Todo ello en un marco

diferente al mundo del cálculo, subordinando éste a valores de creciente humanización, y buscando transformar las relaciones instrumentales que tratan a los seres como objetos, en relaciones en las que todos asumen su condición de sujetos capaces de debatir y decidir sobre los fines de sus vidas y de la sociedad.

Esto es tan moderno como la razón y la ciencia, pero apunta al desarrollo de la expresividad, la creatividad, la comunicación entre sujetos. Esta dimensión, distinta y complementaria de la racionalidad científico-tecnológica, no niega el progreso, sino que intenta darle un sentido humano. Ella no es un lujo de países desarrollados o de sectores acomodados. Se encuentra en todos los sectores de la sociedad, y, particularmente, en los que sufren más crudamente la deshumanización de las relaciones, como son los jóvenes, las mujeres y los sectores más postergados de la civilización.

El socialismo se ubica en pleno corazón de la modernidad, pero acepta que ella no es una sola, que tiene diversas vertientes y que no se identifica con determinados instrumentos como se plantea desde el neo-liberalismo. La utopía socialista lleva a su máxima potencialidad las posibilidades tanto de la racionalidad científico-tecnológica como de la comunicación inter-subjetiva entre seres libres, conscientes y dueños de sí mismos.

3. Reafirmación de principios

El socialismo asume que el factor decisivo para orientarnos en un mundo complejo está en los principios que sustentan y dan sentido a la vida. La concreción de estos principios y valores es una tarea permanente y no se deduce de una sociedad modelo o ideal.

Así, el socialismo reivindica las opciones y valores

inherentes a los principios de libertad personal y de igualdad esencial entre los seres humanos. Esta última se complementa con el derecho a la identidad personal y colectiva y con las diversidades que enriquecen la experiencia individual y social y que no generan injusticias.

La co-existencia y la profundización de libertad e igualdad en la sociedad no son tareas fáciles de articular. Las luchas por una y otra reconocen muchas veces sujetos distintos. Sus mecanismos de realización se han diversificado, y se han hecho más autónomos el uno del otro, más técnicos y más complejos. La experiencia histórica ha mostrado cómo la obtención parcial de una ha implicado el sacrificio de la otra. El socialismo asume un compromiso con ambas, libertad e igualdad, y lo asume buscando la articulación y armonía de ellas en el conjunto de la sociedad.

El socialismo aspira a convertir la felicidad de hombres y mujeres, niños, jóvenes y viejos, en su preocupación política permanente. Asume la felicidad como una tarea histórica y real, y no como una promesa de paraíso en la tierra. Su preocupación básica es por las condiciones materiales y sociales históricas que permiten a cada uno perseguir su felicidad y autorrealización personales. No tiene una propuesta del contenido de la felicidad individual, por cuanto ello es objeto de la libertad de cada cual.

Libertad, igualdad, felicidad o autorrealización exigen formas de interactuar y estilos de convivencia social. Por ello, el socialismo es una opción por los valores de la solidaridad y por los principios de autodeterminación personal y capacidad de afirmación y decisión de los diversos actores de la sociedad.

Esta solidaridad entre los seres humanos se hace extensiva no sólo a nivel de una colectividad, una nación y el planeta entero, sino también a las generaciones del futuro. Así, el

socialismo asume la preservación del medio ambiente y del patrimonio cultural y material de la humanidad como un requisito necesario para el desarrollo de la condición humana.

4. Socialismo y Democracia.

No hay un modelo ni un momento únicos en que se realicen los valores y principios que se han mencionado o en que se resuelvan todas las contradicciones que los niegan.

El socialismo afirma que su modelo de régimen político y de relación de la gente con el Estado, son la democracia como sistema de gobierno y la vigencia de los derechos humanos universales como definición de la ciudadanía.

La democracia se define como un sistema de gobierno caracterizado por la vigencia del principios de soberanía popular, los derechos humanos y las libertades públicas, elección de autoridades por sufragio universal y formas de representación plural, alternancia en el poder, gobierno de mayorías y respeto de minorías, participación de los ciudadanos en las decisiones políticas.

Ello significa que, si bien el contenido transformador del socialismo es revolucionario, la revolución como método político no es parte del ideario socialista, sino sólo un recurso que puede ser inevitable en determinados contextos, pero que no es deseable por sí mismo.

El socialismo busca realizar los valores, principios y mecanismos democráticos en todos los niveles de la convivencia social donde se toman decisiones colectivas. Para ello busca superar todos los privilegios y monopolios de poder que impiden la libre expresión y participación de la gente en su destino. Se extiende, así, el ideal democrático a la plena expansión del

concepto de ciudadanía en las diversas esferas de la sociedad, incluida especialmente la del trabajo como parte fundamental de la realización humana, y a la plena vigencia, extensión y profundización de los derechos humanos.

En un régimen democrático, el Estado no puede concebirse sólo como un aparato de dominación, sino también como un elemento que ayuda a superarla, un agente indispensable de desarrollo, redistribución y corrección del mercado, y un interlocutor nacional en el proceso de transnacionalización. El socialismo no busca ni eliminar el Estado, como lo ha replanteado la doctrina neo-liberal, ni la absorción de la sociedad por parte de él, como lo plantearon los modelos comunistas. El socialismo aspira a un nuevo tipo de Estado a través de la progresiva extinción de sus dimensiones de dominación. En este marco, busca la transformación del Estado. Ello en un doble sentido. Por un lado, se trata de hacerlo cada vez más reflejo de la voluntad general de la sociedad, eliminando progresivamente sus aspectos autoritarios y ajenos a la determinación de la soberanía popular, y fortaleciendo su carácter participativo. Por otro lado, se trata de modernizarlo y hacerlo eficiente, asegurando su autonomía respecto de los intereses privados y de los poderes fácticos nacionales o internacionales.

No existe democracia en el mundo contemporáneo ni es posible un control del Estado por parte de la sociedad, si no hay un sistema de partidos políticos que asegure la expresión de las demandas y aspiraciones globales y la representación al nivel político de los actores y sujetos sociales. El socialismo se opone a toda visión de los partidos como vanguardias lúcidas o síntesis de la sociedad, dotados del poder monopólico de la representación y participación y de proyectos y verdades absolutos. Los partidos en un régimen democrático luchan y compiten por el poder político y, ya sea que gobiernen o sean oposición, representan, convocan, movilizan, conciertan y

negocian, sin buscar la destrucción o eliminación del otro, sino la persuasión y convicción. El socialismo afirma la vigencia del principio de representación pluripartidaria y aspira a que éste exprese la diversidad de la sociedad y respete la autonomía de ella.

El proyecto socialista se define hoy, entonces, por su doble radicalidad. La de las metas postuladas y la del método democrático en el cual enmarca aquéllas profundizando y expandiendo éste.

5. Fortalecimiento de la sociedad civil

Ni la economía ni la política agotan la vida social. En ellas se da parte importante de las contradicciones, especialmente explotaciones y opresiones. Pero también en otras esferas de la sociedad como la cultura y los sistemas educacionales y de comunicación, las relaciones de género e intergeneracionales, la sociabilidad cotidiana, la sociedad civil en suma, se dan formas de opresión, alienación y exclusión y condiciones que impiden la plena realización individual y colectiva.

Contra estas condiciones el socialismo no sólo opone su lucha y organización políticas, sino que desde la misma sociedad, identificado con los sectores que las sufren, plantea propuestas alternativas basadas en los principios que lo inspiran. El campo de acción del socialismo y los socialistas no es sólo el ámbito del Estado o del poder político, sino el conjunto de esferas de la sociedad donde están en juego los principios de igualdad, libertad, solidaridad y autorrealización.

A un fortalecimiento de las funciones no coercitivas del Estado y del sistema de representación política, debe corresponder el reforzamiento también de la sociedad civil y de

los actores sociales que en ella se mueven. Ello implica la generación de formas de convivencia diversificadas donde se respeten los principios de auto determinación y sociabilidad y la creación de condiciones que aseguren que cada cual sea dueño de su vida y reconocido en su aporte a la vida colectiva. Asimismo, el acceso al poder de decisión en las organizaciones y comunidades de las que se forma parte, y el manejo de información, conocimiento y demás instrumentos que permitan superar la alienación cotidiana y masiva de las comunicaciones.

En síntesis, reconociendo la especificidad, autonomía y dinámicas propias de cada ámbito social, el socialismo busca la creciente socialización y democratización de la información y del conocimiento, del poder y de los instrumentos de tomas de decisión, y la gestión democrática en el conjunto de esferas de la sociedad.

En la búsqueda de mejores condiciones de vida y organización social que hagan posible la superación progresiva de las contradicciones, el socialismo reconoce múltiples sujetos y actores que los encarnan y no se identifica con un portador particular, sea una clase o una organización política.

IV. EL NUEVO CONTEXTO HISTORICO

1. El contexto mundial

El socialismo implica una metodología teórica y política que permita identificar cuáles son las contradicciones principales de la sociedad y ofrecer a ésta la propuesta más adecuada para superarlas, determinando las estrategias y los actores sociales y políticos con los cuales enfrentarlas.

El mundo de hoy es un espacio transnacionalizado e interdependiente con tendencias a crecientes desigualdades entre bloques de naciones y al interior de éstas, y a la marginalización y exclusión de vastas zonas y sectores sociales de los avances de la civilización.

En este espacio que tiende a ser único, no desaparecen las identidades, sino que ellas buscan perfilarse. Por un lado parecen hacerse irrelevantes los Estados nacionales por la internacionalización de la economía, de la política, de la cultura y las comunicaciones. Por otro, son los Estados nacionales, los que pueden crear condiciones de igualdad de oportunidades para los sectores marginados y pueden asumir la interlocución de las identidades frente a dicha transnacionalización.

El consenso mundial por la búsqueda de métodos pacíficos de resolución de conflictos se contradice con la enorme cantidad de recursos destinados al poder militar, el uso deliberado de éste en determinadas coyunturas y el sometimiento de las naciones más pobres al orden instaurado por las naciones más poderosas.

Una vertiginosa transformación científico-técnica tiende a uniformar las sociedades y a redefinir toda la actividad de

ellas, dejando fuera de la posibilidad de desarrollo a quien no la asuma. Pero, esta transformación no ha desplegado toda su potencialidad en la preservación del medio ambiente, en la eliminación de la pobreza y en la generación de condiciones que hagan al mundo más vivible para todos.

La acumulación del conocimiento científico técnico ha pasado a ser una fuente de poder en lo económico y en lo político a través de formas tecnocráticas y elitarias de dominación que contradicen el carácter democrático de la sociedad o tienden a hacerlo irrelevante.

La general aceptación de la democracia como forma de gobierno, se enfrenta a la amenaza que en muchas sociedades ella se convierta en sistema meramente formal por la presencia de poderes fácticos que hacen inefectiva la voluntad ciudadana.

Así, la extensión de los principios democráticos a la vigencia de los derechos humanos y a la autodeterminación de personas y pueblos, se enfrenta a la ausencia de paradigmas ciertos o indiscutibles de organización social, que aseguren la realización de principios cuyo valor es reconocido universalmente.

El desafío principal que enfrenta la humanidad es la superación de la contradicción entre las crecientes aspiraciones individuales y colectivas de los seres humanos por ser dueños de su destino y las grandes posibilidades que se han abierto para realizarlas, por un lado; y la desigual distribución de los recursos para ello debido a la apropiación por parte de sectores sociales o de naciones de las fuentes de poder, mecanismos e instrumentos que permiten a cada cual decidir sobre si mismo, por otro lado.

Tales fuentes de poder son múltiples y diversificadas y no

se reducen a la dimensión económica, sino que abarcan las esferas de la organización societal, política y cultural. En todas ellas se producen apropiaciones monopólicas, sean de poder económico, político, militar, simbólico, de información, comunicación o de conocimiento. Ellas generan privilegios, desigualdades y exclusiones que se traducen en miseria oprobiosa o alienaciones masivas y destructivas, que se dan a nivel de las sociedades particulares y en la dimensión internacional.

El socialismo, como proyecto a escala mundial impulsado de diverso modo por fuerzas progresistas en las distintas sociedades, afirma en el mundo de hoy la posibilidad y el derecho de cada individuo individuo, colectividad o nación de definir democráticamente su destino. Ello implica luchar por la socialización de los principios, mecanismos e instrumentos que en cada contexto hacen posible esa determinación y la expresión libre de la voluntad de todos. A escala global esto plantea una drástica revisión de las relaciones de poder y organización mundiales.

2. El desafío latinoamericano

América Latina enfrenta las décadas que vienen desde una encrucijada particular, donde se redefinen de modo específico pero diverso para cada país los temas iniciados.

Pareciera haberse terminado el ciclo autoritarismo-democracia y haberse completado en muchos países las transiciones desde dictaduras a sistemas democráticos de gobierno. En otros se están produciendo importantes procesos de democratización política. La izquierda latinoamericana ha encauzado su acción crecientemente dentro del marco del sistema democrático y aparece como una de las fuerzas significativas de su consolidación y, en muchas partes, como alternativa democrática de poder. Se trata de un largo proceso de aprendizaje, después de décadas de

inestabilidad y dictaduras que dieron origen a formas de lucha extra institucionales.

Sin embargo, estas democracias no están aún consolidadas y continúan amenazadas o por la presencia de poderes de facto, regresiones autoritarias o re-emergencias de caudillismos populistas.

Por otro lado, en la llamada "década perdida" de los ochenta, las sociedades latinoamericanas han visto en su seno agrandarse la brecha entre ricos y pobres. Las crisis y ajustes conservadores por las que han pasado sus modelos de desarrollo se han pagado, en los diversos países, con el precio de la pobreza y exclusión de un tercio o la mitad de sus habitantes.

En el nuevo ordenamiento de la economía y la política mundiales, América Latina permanece aislada y fragmentada. Pese a algunos esfuerzos significativos, no ha definido aún una forma coherente de inserción propia en el mundo transnacionalizado ni un modelo de desarrollo que compatibilice crecimiento con integración y democratización sociales.

La coexistencia en nuestro continente de diversos tiempos y espacios civilizatorios. La dependencia clásica de nuestro modo de inserción en el mundo. El choque de viejas identidades y aspiraciones tradicionales con tendencias contemporáneas universales de comunicación, expresión y sociabilidad. Todo ello ha consolidado fragmentaciones y reproducido dispersiones. América Latina se ha debilitado en su identidad propia, oscilando entre estilos elitistas y dependientes que reproducen la ideología neo-liberal, marginaciones masivas y cultura de masas norteamericanizada.

La modernidad latinoamericana y su aporte a la humanidad se definirá por la combinación original entre la racionalidad

instrumental de tipo científico-técnico, la racionalidad expresiva y comunicativa y las tradiciones e identidades que han sido desarrolladas a lo largo de siglos por vastos grupos sociales, culturales, étnicos y regionales. La indisoluble combinación y potenciación de todos ellos en los diversos niveles y sectores de la sociedad definen la especificidad latinoamericana.

En síntesis, el proyecto socialista para América Latina implica para las próximas décadas tareas de enorme envergadura. Consolidación, extensión y profundización de la democracia política. Plena integración a la sociedad de los sectores excluidos o marginales como sujetos y actores de su propia historia. Formulación de un modelo de desarrollo que asegure crecimiento y democratización social. Inserción en la economía internacional con un perfil autónomo a través de su integración interna. Definición de su propia modernidad e identidad cultural.

V. EL SOCIALISMO CHILENO. TRAYECTORIA Y PROYECTO.

1. La trayectoria socialista

Desde su fundación en la década del treinta, identificándose con los principios señalados, el socialismo chileno se definió como una fuerza política y social de carácter popular que plantea la transformación profunda de la sociedad chilena en el marco político democrático.

A lo largo de los años el socialismo chileno fue integrando diversos sectores sociales y elaborando una visión doctrinaria diversificada que no se identificaba con ningún dogmatismo. Su estrategia política subrayaba la unidad de las fuerzas de izquierda, la autonomía del movimiento popular, la solidaridad con las fuerzas progresistas del mundo y especialmente latinoamericanas y la independencia respecto del bloque comunista. En la tradición socialista chilena están la crítica y alternativa al capitalismo, y también la crítica libertaria a los denominados socialismos reales. Diversas formulaciones han dado cuenta de esta visión política en diferentes períodos, siendo quizás la más relevante la "Fundamentación Teórica del Programa del Partido Socialista" de 1947.

En la década del sesenta, culminando largas y significativas luchas encaminadas a superar nuestra realidad de capitalismo dependiente y sub desarrollado en el marco democrático, el socialismo chileno se planteó como alternativa de poder político democrático. Ello se expresó en la Unidad Popular, que agrupaba a todas las fuerzas de izquierda, y en la conquista democrática de la Presidencia de la República con Salvador Allende. El sentido profundo de este proyecto puede resumirse en las palabras que pronunciara el Presidente Allende en su Primer Mensaje al Congreso Nacional: "El combate sostenido para abrir el camino de

la democracia económica y conquistar las libertades sociales, es nuestra contribución mayor al desarrollo del régimen democrático. Llevarlo simultáneamente con la defensa de las libertades públicas e individuales, es el desafío histórico que todos los chilenos estamos enfrentando".

La Unidad Popular se vio enfrentada a una implacable oposición, algunos de cuyos sectores no excluyeron la violencia. En ese contexto, no logró plasmar la riqueza de su planteamiento en un proyecto viable, una estrategia coherente y una alianza social y política mayoritaria. No pudo así evitarse la polarización de la sociedad chilena ni neutralizarse al poder militar convocado por las fuerzas conservadoras.

El término de la experiencia de la Unidad Popular con el derrocamiento del Presidente Allende en Septiembre de 1973, dio origen a casi dos décadas de dictadura militar. Esta, junto con arrasar con las instituciones y movimientos democráticos a través de la represión y el control, inició una transformación profunda del país. Ella iba dirigida a reinsertarlo en la economía capitalista mundial según las políticas y recetas neo-liberales y a configurar una sociedad autoritaria en lo político, profundamente desigual, fragmentada y atomizada en lo social, y con los valores del neo-liberalismo en lo cultural.

Para el socialismo chileno el fracaso y derrota de la Unidad Popular y la implantación de la dictadura militar significaron muerte, exilio, cárcel, y desaparición de miles de dirigentes y militantes, y la búsqueda de la reconstrucción partidaria en la clandestinidad. Un largo período de dispersión, fraccionamientos y divisiones, fue también acompañado en cada sector socialista de diversos procesos de reflexión crítica sobre la experiencia chilena y el socialismo mundial, de renovación ideológica y política y de luchas permanentes contra la dictadura. Todo ello permitió que fueran convergiendo los diversos sectores

socialistas hacia su unidad política y orgánica, a lo que se agregaron diversos otros sectores de la izquierda chilena.

En este proceso, el socialismo fue madurando su estrategia para terminar con la dictadura en el enfrentamiento institucional de 1988 e iniciar la transición que recuperara la democracia en Chile. Ello lo ha hecho impulsando y formando parte de la más amplia y sólida alianza política y social de este siglo en nuestro país, la Concertación de Partidos por la Democracia, que en Marzo de 1990 llegó al gobierno inaugurando el nuevo régimen democrático.

Hoy el socialismo chileno se encuentra renovado y unido, habiendo integrado viejas y nuevas vertientes, convertido en la única fuerza política viable de izquierda, constituyendo uno de los dos ejes de la coalición política y social mayoritaria en Chile y formando parte del primer gobierno democrático después de diecisiete años de dictadura militar.

La propuesta socialista para Chile se basa en las reflexiones, valores y principios enumerados a lo largo de estas páginas y en la trayectoria y realidades actuales del socialismo que hemos esbozado.

2. Las grandes tareas socialistas.

La propuesta socialista para Chile no es un proyecto cerrado y excluyente. Es un conjunto de tareas que se enmarcan dentro de los principios y contextos indicados en estas páginas y que buscan sobre todo despertar la creatividad y participación de todos los sectores sociales. Estos deberán plantear sus propios énfasis y orientaciones en el debate y realización de tales tareas.

En primer lugar, el socialismo chileno tiene como una de sus

grandes tareas la democracia política y la democratización social.

La consolidación y profundización de la democracia política, implican terminar con los enclaves autoritarios heredados de la dictadura. Para ello es necesario eliminar o modificar instituciones constitucionales no democráticas. Reformular las relaciones civico-militares, redimensionando la institución de defensa y subordinándola efectivamente al poder político. Transformar el poder judicial para hacerlo moderno, efectivo y responsable. Restituir las funciones del Congreso, para hacerlo un lugar principal del debate público y del ejercicio de la voluntad popular. Reformar el sistema electoral para hacerlo verdaderamente representativo e incluyente.

La consolidación de la democracia política implica también asegurar institucionalmente gobiernos de mayoría, lo que requiere enfrentar el cambio del sistema de gobierno hacia fórmulas (semi-presidenciales o semi-parlamentarias) que se aparten del presidencialismo excesivo.

Junto a ello, es necesaria la efectiva democratización del poder local, comunal y regional, para hacer de cada una de estas instancias no sólo un núcleo de desarrollo económico, sino también social, cultural y político.

Pero la tarea de construir y consolidar la democracia política no es una que se haga sólo desde el poder político a través de cambios institucionales. Su contraparte es la progresiva democratización de la sociedad. Ello exige una efectiva democratización de las organizaciones, la permanente construcción de movimientos sociales y el respeto a la autonomía de éstos. Asimismo, la creación de canales de participación en todos los campos en que se toman decisiones, y la incorporación de los trabajadores a la gestión de las empresas.

Todos estos procesos deben ser acompañados de la democratización de los partidos políticos y de la reformulación de las relaciones entre partidos y actores sociales, superando, la atomización, por un lado, y el partidismo y corporativismo estrechos, por el otro.

En segundo lugar, no hay real democratización de la sociedad sin la eliminación de la pobreza y la exclusión y sin una reformulación del modelo de desarrollo y de su consecuente inserción en la economía mundial.

La existencia de más de un tercio de pobres y de un altísimo porcentaje de sectores marginales y en extrema pobreza, transforma la superación de esta situación en un imperativo ético insoslayable. Sin duda que no hay solución sin un crecimiento económico sostenido, pero éste por sí solo no basta. Es indispensable buscar formas más justas de distribución de la riqueza. Junto a las políticas económicas de tipo asistencial, a las políticas educativas y de salud, es necesaria también una transformación productiva que apunte a los aspectos estructurales del problema, sin lo cual sólo habrá paliativos temporales. Asimismo, las masas marginales no son sólo objeto de políticas sociales, sino que deben ser consideradas como sujetos y actores de su propio desarrollo. Una lucha contra la pobreza y la marginalidad tiene dimensiones de tipo asistencial, estructural productiva, social organizativa, político participativa, y cultural.

Objetivos del desarrollo son, sintéticamente, mejorar la calidad y elevar el nivel de vida de los chilenos. Establecer condiciones para un crecimiento económico sostenido constituye un requisito necesario para lograr estos objetivos. El crecimiento que se alcance debe caracterizarse por propender simultáneamente a promover una efectiva participación de todos los chilenos en

los frutos del crecimiento y velar por la sustentabilidad medioambiental. Sólo así puede hablarse de un verdadero desarrollo.

El logro de todos estos objetivos de manera simultánea obliga a replantear los términos del actual modelo de desarrollo adoptado en el país. Esto porque, si bien en términos macroeconómicos se pueden exhibir indicadores favorables no puede ocultarse ni el alto costo que han tenido que pagar en sus niveles y calidad de vida los sectores populares ni el deterioro creciente que han sufrido los recursos naturales del país.

La visión socialista del desarrollo se sustenta tanto en una propuesta de transformación estructural que le otorgue a los sectores populares participación efectiva en los frutos del crecimiento económico, como en una defensa irrestricta del patrimonio natural sobre el cual se asienta el crecimiento económico.

La transformación estructural propugnada se caracteriza por buscar una inserción orgánica de los trabajadores y pequeños productores en el crecimiento y por asignar un rol orientador, regulador y de fomento al Estado, en un contexto global cuyos rasgos predominantes son el desarrollo de las inversiones públicas y privadas y la existencia de mercados activos y competitivos.

La visión socialista de un Chile moderno, y en condiciones de enfrentar exitosamente el desafío de la ampliación del comercio internacional en un mundo cada día más interdependiente, se sustenta en promover una economía que ponga el acento en generar el máximo valor agregado, utilizando adecuada e intensamente los recursos nacionales. Ello le da al sistema educacional y al desarrollo científico-tecnológico una responsabilidad crucial.

Lo anterior obliga a superar los ideologismos que establecen concepciones que oponen al Estado con el mercado, o que afirman unilateralmente las bondades de la propiedad privada, sin atender a los requerimientos sociales y de sustentabilidad medioambiental.

El activo papel que debe tener el Estado como agente de desarrollo, obliga a plantearse su reforma en el sentido de su modernización, democratización, agilización y capacidad de decisión y de interlocución con el sector privado. Pero esto no excluye el papel básico y la responsabilidad en el desarrollo que tienen empresarios y trabajadores, sectores ambos que deben potenciar al máximo sus capacidades y creatividad. Ello plantea el desafío de la modernización de ambos y de la redefinición de sus mutuas relaciones para hacerlas cada día más equitativas e integradas con el conjunto de la sociedad.

En tercer lugar, la democratización política y social, la eliminación de la pobreza y la reformulación del modelo de desarrollo, deben darse acompañadas de una profunda modernización y re-estructuración de las relaciones sociales y formas de convivencia, en el sentido de asegurar igualdad y plenitud de oportunidades para la creatividad y expresividad de todos.

Hablamos aquí del doble sentido que le hemos dado a la modernidad, lo que nos aparta de modelos de modernización que estuvieron centrados en la pura dimensión racional-técnica. La modernidad se alcanza cuando todos los sujetos pueden hacer su propia historia. Crear esas oportunidades implica generación de formas de participación diferenciada en todos los niveles de la sociedad: el barrio, la comuna, la región, el lugar de trabajo y de estudio. También requiere de la capacidad de enfrentar las formas manipulativas y alienantes que adquieren el desarrollo de espacios urbanos y habitat crecientemente invivibles. la

concentración y estandarización de las comunicaciones, la rigidez y mediocridad de la oferta educacional, el burocratismo de los servicios sociales, el aburrimiento y carencia de sentido que lleva a estilos y conductas aberrantes y destructivas de la vida.

El socialismo plantea, entonces, el establecimiento de relaciones sociales y de formas de organización de la sociedad que hagan más digna la vida de todos. Es la misma sociedad la protagonista de esta tarea y en ella cabe un papel especialmente significativo a los jóvenes, las mujeres, los sectores marginales y los trabajadores de la cultura.

3. La construcción de mayorías sociales y políticas.

Hay así una tarea social de construcción de organizaciones y democratización. Una tarea política de profundizar la democracia política y generar una sociedad participativa y representativa. Una tarea económica de reformular el modelo de desarrollo y eliminar la pobreza. Una tarea cultural de construcción de un sentido humano de la convivencia.

Las tareas enunciadas deben transformarse en medidas programáticas para las próximas décadas. Ellas apuntan a una sociedad políticamente democrática, moderna, participativa, crecientemente igualitaria y estimulante del desarrollo de sus hombres y mujeres y creativamente insertada con el resto de América Latina en el la comunidad internacional.

Todo ello no puede ser enfrentado solo desde el Estado y por un solo grupo político. Se requiere para tales objetivos y tareas una gran mayoría social y cultural, que tenga también expresión política. El socialismo ha planteado que esta mayoría debe constituir un bloque democrático-transformador o bloque por los cambios. La expresión social de este bloque diversificado es el conjunto de sectores populares y capas medias y su expresión

política es la alianza de largo plazo entre la Izquierda y el Centro, representados principalmente por el Partido Socialista junto al PPD, y la Democracia Cristiana, además de otras fuerzas políticas convergentes. La Concertación de Partidos por la Democracia ha sido hasta ahora la mejor expresión de este bloque socio-político y cultural, lo que exige su proyección en un horizonte estratégico.

En esta coalición los socialistas no buscan el hegemonismo pre-establecido ni lo aceptan de parte de otros. Apreciando como riqueza la diversidad social, cultural y política de este bloque, los socialistas aportan en él la reflexión crítica sobre su experiencia y trayectoria, la expresión, movilización y creatividad de sectores claves de la población chilena, y el conjunto de principios y métodos aquí enunciados.

Los socialistas propugnan el fortalecimiento de la coalición y, al mismo tiempo, la existencia de mecanismos democráticos que regulen la competencia por el liderazgo de ella. En ese marco, aspiran legítimamente a su conducción.

Los socialistas ofrecen a la coalición y a todo el país un partido que aprende de su pasado, reconoce y critica los errores cometidos y asume la herencia positiva de su trayectoria. En el presente, los socialistas han buscado las fórmulas más adecuadas para unificarse, renovarse, descentralizarse y democratizarse. Por ello se ha establecido, entre otras medidas, sistemas de elección de sus dirigentes por votación de todos los militantes, cuotas de discriminación positiva en favor de las mujeres, métodos democráticos de formulación de su propuesta. Los socialistas asumen el compromiso de extender y profundizar la democracia interna, respondiendo al doble requerimiento de unidad y diversidad. Al mismo tiempo se busca la mayor modernización, eficiencia y capacidad técnica partidarias, junto a la permanente vinculación con las inquietudes y aspiraciones de la los diversos

sectores y actores sociales. Afirmandose como la principal fuerza de la izquierda chilena, el Partido Socialista plantea para hoy y el futuro no una ideología cerrada ni un proyecto excluyente, sino un conjunto de principios y propuestas abiertos al debate y a la acción de todos los chilenos y chilenas.